

“Los Ojos del Diablo”

Pareciera que todo está dicho, en torno al tema criollo y sin embargo cada cierto tiempo surgen variantes que abren ventanas a perspectivas nuevas o poco laboradas. El profesor y escritor Hugo Correa, por ejemplo, en su reciente obra “Los Ojos del Diablo” hace girar la trama de su novela en torno a lo esotérico: la creencia popular sobre “los pactos con el diablo” cuya fijeza incommovible termina por arrastrar y convencer al joven protagonista, docto e inteligente. (“Los Ojos del Diablo”. Ediciones Universitarias de Valparaíso. 150 págs. en formato 12,5x18,5 cms. Valparaíso, 1973).

Correa se ha inspirado en el pesamiento contenido en el “Fausto” de Goethe: “Os quedáis fríos al oír mis palabras, os lo perdono, buenos niños. Tenedlo presente: el diablo es viejo; envejeced, pues, para comprenderlo”. En su relato, el personaje va nutriéndose desde la infancia en la posibilidad de un entendimiento del demonio con su familia, resultando a medida que envejece una rendición casi fatalista sobre su propio encadenamiento al pacto firmado con un lejano antepasado.

En un principio, el joven se niega a aceptar la veracidad de las historias que se tejen en las casas de los inquilinos acerca del compromiso de su propio padre con el demonio y rechaza con antojadiza la suposición de un anciano labriego acerca de la transmisión de la interrelación esotérica. Pero el tiempo habrá de mostrarle un inquietante indicio de anudamiento de circunstancias que avalan esa posibilidad.

“De todas maneras el Diablo tiene que seguir protegiendo al hijo del que pactó con él, cuando el trato es largo. Pero el Diablo

sabe mucho. Pone trampas para enredar a los hijos de los que hicieron tratos con él. Se las arregla para que el hijo conozca alguna diablura que hizo el finado. Y si el hijo se hace el tonto, entonces el Diablo se aparece. Y lo agarra”.

Del relato —que de acuerdo con las nuevas técnicas en boga no es continuo, sino que pleno de frecuentes cambios de tiempo— que el abuelo paterno ganó fortuna después de pactar con Lucifer y que cometió un crimen impune; que el padre, que también gozó de bonanza económica, eliminó a una persona con premeditación y alevosía, y que ambos crímenes pesaron sobre la conciencia de sus respectivos hijos.

Para Correa es evidente que la prosperidad no es sinónimo de felicidad, de donde resulta que en definitiva el acuerdo con Belcebú no es remunerativo. El Abuelo perece en forma inesperada al cruzar un estero en crecida. El Padre arrastrado por los celos mata a un rival que ya no tenía relaciones con su esposa, sólo para enterarse por el accidente en que pierde la vida su mujer, el nombre del infiel real. ¿Cuál será la tragedia del Hijo? Ya queda anticipado un carácter introvertido que lo hace quejarse: “Sólo tengo veintitrés años y ya estoy adquiriendo hábitos de viejo...”; y su desazón al constatar que su amor de juventud practica la prostitución. ¿Será bastante?

“Los Ojos del Diablo” o simplemente “Los siete ojos” es la denominación con que en el libro se denomina un conjunto de caídas de aguas ubicado en el nacimiento del fundo cordillerano en que transcurre la acción. La descripción de ese paisaje es uno de los mejores aciertos de la novela.